

# LA VUELTA DE OBLIGADO

Nota especial de Guillermo Furlong al cumplirse un nuevo aniversario del heroico combate.

Hubo, quien, en un momento de ira y de ofuscación, dijo a su progenitor: "Lo que haré es avisar a la Policía, para que te lleven preso".

No llegó a dar tan mal paso, pero aquella amenaza de aquel desnaturalizado hijo amargó la vida de aquel padre. "¡Hijo ingrato! ¡Querer introducir la policía en esta casa! ¡Eso no tiene nombre!" Tampoco lo tiene que el grupito de unitarios, acorralados en Montevideo, no sólo hayan dicho que introducirían la policía en la casa de los argentinos, sino que, en forma insultante, la introdujeron, para vergüenza y baldón de nuestra tan ponderada soberanía nacional.

No miraron en los medios, ya que para ellos todos los medios eran razonables y eran justos, con tal de acabar con Rosas. Aquel centenar de rivadavianos, esto es, de hombres que habían vivido de espaldas al país, engolosinados con las preciosuras de París, estaban ya cansados de rondar por Chile y el Uruguay, por Francia e Inglaterra, y según el modelo francés querían constituir el país, y gozar de los bienes que poseían en el territorio del mismo.

Promovieron invasiones, por la parte de Chile, por la parte de Bolivia y por la parte del Paraguay, lo que ciertamente nada tenía de noble, y ese proceder echó negras manchas sobre la enseña nacional, pero al fin eran países vecinos y se podía pensar que el "execrable tirano" de Buenos Aires les había ofendido o molestado.

Pero el incitar a que Francia e Inglaterra intervinieran por la fuerza, es un borrón que ningún detergente podrá eliminar. Aun exagerando cien y mil veces los crímenes de Rosas, no les era lícito a aquellos hijos desnaturalizados el introducir en casa a la policía.

Pero entró, por sugestión de ellos, y aplaudieron su entrada y aplaudieron los triunfos de la misma sobre las débiles huestes argentinas.

En los Inválidos, en París, cuelgan las banderas argentinas, tomadas en Vuelta de Obligado, y una de las estaciones del subte parisién se denomina "Obligado", así con acento en la postre. ¡Gran victoria de los franceses, de los ingleses... y de los Unitarios!

Aunque la segunda elección de Rosas para gobernar el país fue tan limpia y legítima como la primera, y la Sala de Representes, legítima representación del pueblo, le otorgó la suma del poder, y el plebiscito popular confirmó lo resuelto por la Sala, con 9.316 votos contra sólo 4, Rosas se resignó a tomar el mando en 1835 y lo sostuvo hasta 1852, en medio de los desesperados odios de los unitarios. San Martín había asegurado que era imprescindible que, o Unitarios o Federales, fueran aniquilados, y si Rosas apeló a los medios más extremos para aniquilar a los Unitarios, otro tanto hicieron los Unitarios para aniquilar a los Federales, y si los Unitarios se mostraron menos crueles, no fue sino porque las circunstancias no les eran más propicias.

Es sabido cómo en la guerra contra Santa Cruz, de Bolivia, los emigrados argentinos apoyaron al usurpador del territorio argentino, y molestaron a las tropas de la Confederación, comandadas por Heredia y por Mansilla, y cómo varios franceses, entre ellos Rogger Aimé e Hipólito Bacle apoyaron a los enemigos de la Confederación; el primero de ellos se retiró a Montevideo y el segundo fue a la cárcel, pero no eran súbditos perseguidos o presos los que movían a la Francia a inmiscuirse

en los asuntos de Buenos Aires, sino el afán colonialista, que alimentaba ella desde que, en 1830, se había apoderado de Argelia, y bien sabido es cómo los unitarios de Montevideo, acaudillados por Florencio Varela, secundaron ese afán, y si en México y Chile, Francia había fracasado en sus intentos, era posible que, ayudada por los argentinos emigrados, obtuvieran alguna parcela del territorio argentino. El hacer que Inglaterra ladeara a la Francia, era empresa fácil, ya que a John Bull le urgía que sus súbditos comerciantes pudieran vender los abundantes productos de que estaban atestados los muchos barcos que esperaban hacer un gran negocio.

Vino después el convenio Arana-Mackau, que fue muy del disgusto de los unitarios, y al ver éstos que todos sus proyectos fracasaban, a causa de la derrota de Berón de Astrada, de la abortada conspiración de Maza y de la fracasada revolución del Sur, procuraron nuevamente la intervención anglofrancesa, pretextando que era Oribe, por sugestión y con la ayuda de Rosas, quien impedía la paz y el comercio con Montevideo.

Cuando los representantes de aquellos países presentaron sus protestas, alegando que el sitio de Montevideo violaba los artículos del convenio Arana-Mackau, Rosas respondió lo que debía responder, esto es, que Oribe era el presidente constitucional del Uruguay, mientras Rivera no era sino un usurpador que había violado la integridad territorial de la Confederación Argentina.

Se hubiera podido en 1845, cuando arribaron los representantes de Francia e Inglaterra, el Barón Deffaudis y Guillermo Ouseley, llegar a un acuerdo pacífico, pero a ello se opusieron los argentinos unitarios que había en Montevideo. Querían el conflicto armado y salieron con la suya, aunque era algo contrario a los intereses y al honor argentinos. El 18 de setiembre de 1845 se declaró el bloqueo anglo-francés a los puertos argentinos, y barcos de guerra de

Francia y de Inglaterra, escoltando barcos cargados de productos franceses e ingleses, remontaron el Paraná para vender allá arriba lo que no podían en Montevideo ni en Buenos Aires.

Dispuso, entonces Rosas fortificar el estrecho paso del Paraná, en Vuelta de Obligado, y ordenó colocar una gruesa cadena de orilla a orilla.

Aquella fortificación constaba de cuatro baterías que, sobre el Paraná, en las cercanías de San Pedro, instaló a prisa y corriendo, el general Lucio Mansilla. Lógicamente no podrían resistir la metralla de las once naves anglofrancesas, poderosamente armadas, pero Rosas era demasiado patriota para tolerar ese insulto.

Sin embargo, los dos mil argentinos, en Vuelta de Obligado, resistieron a lo largo de seis horas, hasta que quedaron sin balas. Las que habían utilizado contra los intrusos eran de 24 libras, mientras las arrojadas por éstos eran de 30 a 80. Contra 28 muertos y 85 heridos del lado franco-inglés, hubo 150 muertos y 90 heridos del lado argentino. Sin embargo, los unitarios, los herederos del espíritu extranjerizante de Rivadavia, así los que se decían "emigrados" en Chile, parapetados detrás de la cordillera, como los valientes que se hallaban en el altiplano, y los que hacían el amor a Rivera, en Montevideo, saltaron de gozo al enterarse de aquella gran victoria...

Si en este hecho, verdaderamente glorioso para los argentinos de pura cepa, y vergonzoso para los hijos desnaturalizados, que incitaron a Inglaterra y a Francia a dar tan mal paso, tuvo, por lo que respecta a uno de los que más heroicamente defendieron, en esa coyuntura, los intereses argentinos, no obstante ser extranjero, un tristísimo epílogo. Nos referimos a Juan Bautista Thorne. Fue él el postrero que, en la defensa de los intereses de la Argentina, silenció los cañones que el general Mansilla había puesto a su disposición, y si no murió en aquella acción de

guerra, fue de los heridos de mayor gravedad. Pero triunfantes, los rivadavianos, después de Caseros, una Comisión Militar *ad hoc*, con fecha mayo 15 de 1852, pasó a Thorne este pliego:

"Al teniente coronel de marina D. Juan B. Thorne. Desde esta fecha queda usted separado del servicio de la marina a que pertenecía, según lo dispuesto por el superior decreto del Excmo. Gobierno de la provincia, fecha 23 de febrero del presente año; debiendo presentarse con la presente a la inspección y comandancia general de armas. Dios guarde a Ud. muchos años.

Apenas supo Thorne cuál era el agradecimiento de aquellos argentinos elevó al Gobierno una nota en que decía:

"El teniente coronel D. Juan B. Thorne, norteamericano de origen, pero argentino por simpatía, por adopción y por haber adquirido con mi sangre tan glorioso título, ante V. E. con el mayor respeto parezco y digo: que el 15 del corriente recibí con disgusto el adjunto pliego, y después he sabido con amargura que la presentación que se me intima por la inspección y comandancia general de armas, es para darme de baja absoluta. Vengo, pues, apresuradamente a lanzar ante V. E. con alto clamor mi respetuosa queja. ¿Y cómo no, Excmo. Señor? He servido a esta patria mía veintisiete años, le he sacrificado mi juventud toda entera, he sufrido por ella duras prisiones, en el extranjero, por ella estoy cubierto de cicatrices, por ella la salud y el perfecto uso de mis sentidos corporales me falta; y después de tantos años, de tantos peligros, de tan sangrientos sacrificios que le he rendido ¿me despedirá desdenosamente de su servicio? ¿así me arrojará a mendigar el pan si no lo tengo?...

y a continuación recordaba cómo, desde 1825, había servido

tan generosa como brillantemente a este país de su adopción, ya en la guerra del Brasil, ya en la campaña al Colorado, ya en Vuelta del Obligado, donde "me cupo la gloria inmortal de tomar una muy distinguida parte en la resistencia..."

## DOCUMENTOS

### EL CINE:

Enseñanzas del cardenal Urbani, en la concelebración para los participantes en el Festival Internacional del Cine en Venecia.

Con motivo del Festival del Cine en Venecia, el cardenal Patriarca de esa ciudad, Juan Urbani, presidió la concelebración de la Misa en la iglesia de San Antonio, asistido por nueve sacerdotes que habían participado en el Festival, provenientes de diversos países del mundo. La iglesia estaba repleta de fieles, periodistas, hombres de cine y autoridades. Es ésta una nueva tradición que se agrega al programa del Festival organizado por la Oficina Nacional Italiana del Espectáculo. Antes, el Patriarca recibía en audiencia a los participantes para hablarles circunstancialmente. Ahora el encuentro se efectúa en torno al altar, donde la presencia del Pastor de Venecia asume todo el significado religioso y moral que el hecho posee.

En este ambiente fundamentalmente religioso, el Patriarca, después de la lectura del Evangelio en italiano y en francés, pronunció su homilía. Habló en primer lugar a los sacerdotes que, por su tarea pastoral, estaban siguiendo el Festival. La presencia de los mismos, dijo, es útil y necesaria para que también en el cine pueda darse un testimonio cristiano, y para que ellos tengan la posibilidad de descubrir y valorar aquellas semillas de bien que, quizá por lo inconsciente-religioso que hay en todo hombre, existen en el cine, inclusive en aquel que podría parecer más alejado de la verdad y de la religión.

Precisamente aquí, en Venecia, la experiencia de los "sacerdotes del cine" encuentra la comprobación más amplia de su propia validez. Los encuentros, diálogos, discusiones, y el mayor conocimiento de los problemas, los coloca en una trinchera avanzada y peligrosa, pero seguramente estratégica. El Patriarca les agradeció en nombre de la Iglesia y del Episcopado italiano, del que es presidente, y repitió por ellos la plegaria sacerdotal de Jesús: "Te ruego, ¡oh! Señor, no para que los alejes de este mundo (del cine) en que deben permanecer, sino para que los preserves del mal a que están expuestos".

El Patriarca recordó el diálogo de Jesús con el